

### La casa

Escribe: ADEL LOPEZ GOMEZ

Cuenta el hombre:

La casa era vieja e incómoda, pero mi mujer y yo la queríamos aunque no fuese nuestra. La habíamos tomado en arrendamiento por poco dinero, justamente al final de una dura época. Y tal vez por eso le tomamos afecto. Quizá había en ello un poco de superstición. El hecho es que desde el día en que llegamos allí las cosas empezaron a cambiar favorablemente.

Habíamos tenido, desde nuestro matrimonio, tres años de difícil e inestable vida. Fue la época más azarosa e insegura que nunca hemos vivido. Es ahora cuando lo sé, ya viejo, a la orilla de mi jardín y cerca de mis rosales. Pero entonces...

Días hubo, sin duda, de altercados y lágrimas. Malos momentos vinieron de "cállate, idiota" y de "lárgate y déjame en paz". Pero quizá no hubo uno solo en que dejásemos de amarnos. Qué muchachita valiente aquella —tan menuda, tan viva, tan increíblemente confiada en Dios y en mí— y cómo se ve desmesurada, a estas horas del camino, la idea que de mí tenía. Parece, en verdad, prodigioso, que Lina pudiera tener alguna razón cierta y valedera para abrigar una tan ciega confianza. Yo no era entonces más que un maridito de veinte años —solo dos más que ella— sin dinero ni ciencia ni camino. Durante el tiempo que llevábamos juntos había sido, sucesivamente, ayudante de mostrador en una prendería de barrio, despachador de autobuses en una empresa de transportes, cobrador de cuentas, guardador de valla en un paso a nivel ferroviario.

Pero Daniel era el marido de Lina y Lina era la mujer de Daniel. En ello radicaba el secreto. Qué seguridad maravillosa, qué fuerza de confianza, qué ingenuidad espontánea y conmovedora. Esa cosa suprema: la fe. Ella decía, a la puerta de nuestra casita inverosímil, muy seria y puesta en orden, tocada la cabeza rubia con un pañuelo de seda carmesí y bien ceñido a la vibrante cintura el delantal de verticales listas azules:



—Pues no sé, señor... Ese es asunto de él. Lo mejor será que usted vuelva cuando esté mi marido.

Cerraba de muy buenos modos la puerta pintada de verde y tornaba, gozosa y activa, a sus tareas, paladeando entre los labios del alma la magia de aquellas dos últimas palabras: mi marido.

En cuanto a mí, más de una vez escuché la jeringonza pintoresca del vendedor a plazos, cuando desplegaba en la mesa de la oficina sus telas estampadas, sus perfumillos baratos, sus gobelinos de peluche. Luego le decía muy grave y responsablemente:

—Pues no, don Salomón, a mí sí me gusta. Pero mejor, déjeme hasta mañana para preguntarle a mi mujer.

Y esto de “mi mujer” era algo que luego, por un rato, ya tornado a mi trabajo, se me quedaba resonando interiormente, de un modo agradable y dulce, en lo hondo del corazón.

Luego vinieron más holgados días. Pero eso ya es otra historia. Lo que ahora importa es la casa. Lina y yo la queríamos aunque no fuese nuestra, con un afecto vagamente supersticioso, porque cuando fuimos a vivir en ella lo hicimos precisamente aquel día en que me decidí a comprarle a don Salomón, para Lina, ese tan deseado abrigo de “piel de camello”. Lo cual, en nuestro pequeño mundo de luchas y esperanzas, significaba un buen augurio.

\* \* \*

#### Cuenta la mujer:

No era una casa bonita, lo confieso. Pero nos costaba barata. Era alta y desairada. Crujía a veces, sin saberse por qué, de noche o de día, con ese crujido misterioso de las viejas maderas... Nunca estuve muy a gusto en ella. Me inspiraba una especie de confuso temor y la encontraba demasiado grande para Daniel y yo. Además no había modo de que mis cositas lucieran en ella. El piso era desigual aunque fuerte. El cielorraso de madera de la sala, demasiado elevado, tenía hacia la mitad, en el tope de las tablas confluyentes, un rosetón horrible y complicado que alguna vez, en algún tiempo, debió parecerle a alguien el colmo de la elegancia y la belleza. Hacia el fondo había otras tres habitaciones amplias y un tanto sombrías de las cuales ocupábamos solo una, y por último un solarcito estrecho, empinado, de escurrida y desnivelada tierra a donde se accedía por seis altas gradas de cemento. Una pobre faja de suelo oscuro, sombreado por la tapia medianera, donde no entraba el sol ni prosperaron nunca mis matas.

Por el interior teníamos entrada al piso inferior de la casa, frío y húmedo, en cuyo ancho espacio desmantelado y oscuro, sin construcción alguna, lleno de trebejos, solo se alzaba un negro bosque de columnas sobre sus basamentos de ladrillo. Aquel era el reino silencioso de Ovidio, nuestro gato.



Desde la calle se subía al piso segundo por una estrecha escalera de tablas desgastadas, pulidas por el uso, cuyos peldaños chirriaban. Nunca me satisficieron los resultados de mi esfuerzo por mejorar el aspecto de aquella vieja escalera que fregaba yo misma todos los días con jabón y estopa. Seguía siendo, a pesar de todo, una escalera pobre y triste.

Comprendo que es demasiado hablar de una casa como de seguro han de existir tantas en todos los barrios antiguos de todas partes. Pero tengo que insistir sobre la escalera... No son remilgos de mujer. No son tonterías. El hecho es que... de verdad no se como explicarlo. Pero a menudo, cuando permanecía un rato largo en la cocina, por ejemplo, al regresar al costurero, pasando junto al desemboque de la tal escalera, me sobrecogía un poco. Tenía la impresión súbita de que abajo, en el primer tramo comprendido entre la puerta principal y el trasportón de campana, había una persona... Pero ¿quién y por qué? Todo estaba cerrado. Lo sabía. Y acababa por desentenderme de lo que, en fin de cuentas, solo había de ser un engaño de los sentidos y una aprehensión sin importancia. La verdad es que nunca he sido una mujer cobarde. De todos modos, me hubiera gustado vivir en otra casa.

Pero nunca le comuniqué este deseo a mi marido. No habría sido una buena forma de cooperar con él, precisamente ahora cuando por fin íbamos saliendo adelante.

\* \* \*

Cuenta el hombre:

En aquel octubre, poco después de mi cumpleaños que ella celebraba siempre en mi compañía, invitándome a comer con su dinero, fuera de casa, mi mujer pudo cumplir un antiguo y constante deseo. Se marchó por una semana a la finca ganadera de mi tío Javier Sosa, a orillas del Cauca, en un ambiente que evocaba para ella todo el aroma, el color y el rumor de la comarca y el hogar nativos, a la sombra de su montaña paterna.

Hubiera deseado acompañarla y los dos habríamos estado contentos de hallarnos juntos en un lugar como aquel. Pero naturalmente no podía pensarse en una cosa semejante. Mi pequeño negocio de venta de maderas había prosperado. Más aún de lo que yo mismo le confesara a Lina, pues abrigaba el tierno propósito de sorprenderla algún día con la noticia feliz de que empezábamos a construir nuestra propia casa.

Por primera vez en siete años me separaba de mi mujer y ello no me hacía gracia ninguna. Aun llegué a sorprenderme de que su ausencia me dañase tanto en el ritmo de cada día. Incidentalmente había pensado algunas veces, en ciertos agrios momentos, que me gustaría tener un breve descanso conyugal que, a lo mejor, también ella estaría deseando. Mas por lo que me atañe la experiencia fue infortunada. La mujer me hacía falta. Me sobraba casi toda aquella libertad que antes deseé sin ningún propósito determinado.

Me ausentaba temprano de la casa y ya no volvía en todo el día. Tomaba una taza de café con leche en el barcito de Leonel Rojas, al frente



de mi negocio, y a las dos sacaba media hora para ir a almorzar al restaurante Chung-Mi. Era por la noche cuando más me aburría comer solo. Lo hacía rápidamente, como para salir de una pequeña preocupación, caminaba luego un poco y terminaba por irme a casa antes de las nueve con la esperanza de que Guido da Verona me entretuviese dos horas o, mejor aún, me dispusiese para un buen sueño.

No serían más de las nueve en aquella ocasión cuando me retiré a dormir después de haber dado un vistazo general a la casa para cerciorarme de que todo andaba en orden. Luego me acosté y antes de diez minutos había conseguido interesarme por completo en la lectura de *La mujer que inventó el amor*. La noche avanzaba tranquila. La alcoba estaba situada en el lado exterior de la casa, al extremo de una galería de cuatro habitaciones, cuyas puertas respectivas se enfilaban, cerradas en tal ocasión, como de ordinario lo estaban cuando me metía en cama. Yo mismo había puesto una después de otra las pequeñas aldabas que bastaban para el uso interior. En la alcoba ocupada por mí, la cama matrimonial, con la cabecera adosada a la pared del fondo, hallábase colocada de tal modo que estando yo, como estaba, recostado en las altas almohadas y profundamente abstraído en la lectura, tenía frente a mí el rectángulo vertical de aquella puerta de tableros, pintada de rojo oscuro y, ubicadas en la misma línea, aunque desde luego invisibles, otras tres puertas idénticas hacia tres habitaciones vacías cuyas luces habían sido previamente apagadas. Súbitamente, sin razón aparente ni brusca transición, sentime sustraído al interés de la novela y atento no sabía a qué. Tuve la impresión de que alguien ascendía la escalera lenta y sigilosamente, sin ruido. Algo como si el silencio fuese reemplazado sin interrumpirse. Como si, eludida de algún modo la campana del segundo portón, una persona salvase, descalza, con suma cautela, los peldaños del último tramo.

Mis sentidos estaban alerta. No estaba asustado sino sorprendido. Y en tal modo cierto de que solo se trataba de una impresión pasajera, que no experimenté la necesidad de cerciorarme, y dos minutos después volví a sumirme en la lectura. Pero de repente, sin que mediara la más leve agitación de viento exterior o cosa semejante, la puerta roja, cerrada con aldabón delante de mí, se abrió de par en par como al impulso de una presión ancha y sorda. Y luego, con un segundo de intervalo, se abrieron del mismo modo las dos puertas restantes enfiladas, y quedó una especie de largo túnel sombrío en cuya lejana pared final apenas si alcanzaba a proyectarse un debilísimo reflejo de la luz alta que iluminaba mi alcoba.

Me sobrecogió de una vez, duro y paralizante, ese tipo de pavor metafísico que no viene de las amenazas mortales o de los peligros tangibles, sino que surge del propio misterio, de lo incomprensible, de lo inexplicable. Me quedé quieto, envarado, recostado a medias sobre los cojines, sin capacidad para levantarme a investigar. Tenía, no se por qué, la anticipada certidumbre de que no había nada ni nadie extraño dentro de la casa.

Debieron pasar diez o doce minutos antes de que lograse recobrarme. Entonces me levanté, me puse la bata y las pantuflas y me decidí a recorrer la casa, encendiendo una a una todas las luces.

Claro que no había ser vivo alguno en ningún sitio.



Pasé al barcito del comedor, me serví medio vaso de ron, y lo bebí puro, de un solo trago. Luego volví a la alcoba. No me acosté en seguida. Abrí la ventana sobre la calle sola, triste, mal iluminada y estuve allí, no se cuánto tiempo, sin que pasase nadie. Finalmente volví a meterme entre las mantas, sin leer, con las luces encendidas. El ron debió hacer un poco de efecto a pesar de todo... Sonó el canto de un gallo lejano. Miré el reloj. Eran exactamente las tres de la madrugada.

\* \* \*

Cuenta la mujer:

La conducta de mi marido no podía menos de parecerme desconcertante. Ahora, de buenas a primeras, salía con el embeleco de querer comprar esta casona traqueteante, que parece un viejo barco... Semejante casa para nosotros. Para él y para mí, que no tenemos más familia que nuestro gato Ovidio.

¡Qué idiotas son los hombres! El sabe, los dos sabemos muy bien qué es lo que siempre hemos deseado: una casita chica, sin rincones, con un estadero y un jardín.

No habría importado que nos demorásemos un par de años en tenerla siempre que hubiera de ser lo propio y deseado...

\* \* \*

Cuenta el hombre:

Por descontado que entendía la posición de mi mujer en el asunto. Ella quería su casita soñada, aquella de que habíamos hablado los dos cuando hacíamos castillos en el aire.

Hubiera comprendido —no hay duda— si me hubiera decidido a explicarle. Pero eso era justamente lo que yo no quería, al menos por entonces. Inclusive porque desde mi punto de vista la ilusión de la casa, de nuestra casa, no había sido cancelada. Esto era otra cosa, otro proyecto, acaso un golpe de suerte increíble y maravilloso.

O tal vez una estupidez.

En aquel hermoso tiempo yo era un sentimental. Estaba enamorado de mi mujer. Y enamorado de la idea de darle algún día, lo más pronto posible, una o dos sorpresas verdaderamente memorables.

\* \* \*

Concluye la mujer:

Y pensar que lloré tanto... ¡Qué brutas somos las mujeres...! Lloré de rabia, de miedo, no se de qué. Estaba asustada de aquel negocio intempestivo, y furiosa con Daniel por haberlo hecho a espaldas mías, apresuradamente, de un modo tan raro.

Sigo sin comprender por qué Daniel compró esa casa vieja e inadecuada para nosotros, cuando era otra cosa bien distinta la que él y yo ambicionábamos. Una casa horrible, donde, inclusive, había fantasmas aunque él no lo supo nunca.

Pero las cosas suceden así. Por extraño que parezca, aquel negocio apresurado de mi marido, hecho contra mi voluntad, con dinero prestado, comprometiéndonos más allá de toda prudencia para comprar justamente la casa que yo NO quería, fue el comienzo de nuestra grande e imprevista prosperidad... ¿Quién puede asegurarme que aquello no fue un negocio de buen agüero, sin el cual no habría tenido para mí, un año más tarde, la casa que SI deseaba?

Pero la verdad es que nadie sabe los derroteros del destino.

\* \* \*

Concluye el hombre:

En este caso concreto yo sí lo sabía.